

# Introducción

En medio del inmenso mar Insondable se encuentra Ylliria, también conocida como la Isla de las Mujeres o de los Coños. Protegida por un sistema de corrientes marinas que la hacen inaccesible, salvo en circunstancias excepcionales, la isla desconoce la crudeza del invierno y disfruta de un clima benigno de largos veranos, suaves otoños y exuberantes primaveras.

El contorno de Ylliria traza la forma ondulada del número ocho, dividida en dos mitades por un estrechamiento central, y una tercera parte de su superficie es agua. El gran lago Damago, nombre del dios hermafrodita, padre y madre a la vez, que gobierna el destino de sus habitantes.

Al norte se extiende la región de Arbórea, cubierta de frondosos bosques en los que en tiempos remotos crecían los Madomus, árboles mágicos que eran también residencia de las dreidas, sanadoras y benefactoras del pueblo. La zona central, llamada Acuaria, está formada por un conjunto de poblaciones situadas a orillas del lago Damago, habitadas por los lacustres, dedicados a la pesca y a la agricultura. Al sur se sitúa Agraria, la región más desarrollada, presidida por Tetra, la capital, desde donde la Reina Delys ejerce su omnímodo poder. Al sudoeste se encuentra Vulkania, una agreste región volcánica gobernada por tres familias de caballeros, habitualmente en pugna, que se unen para reconquistar Lafranja, un territorio fértil y rico en minerales que les fue arrebatado por el difunto esposo de la Reina Delys, el Rey Rahal.

Más al sur, Dunia, un desierto habitado por unas cuantas tribus organizadas en ciudades-estado autónomas que poseen una importante flota comercial. Al comienzo de esta historia los habitantes de Ylliria padecen los estragos de la guerra tras varios años de enfrentamientos con los caballeros vulkanos que intentan recuperar Lafranja y su independencia.

En el sudeste, separada de la costa por el peligroso mar de las Zozobras se sitúa Tierra Ignota, un lugar maldito, no hollado por los humanos, que encierra un gran misterio.

# Prólogo

El sol descendía tras una franja de nubes que mudaba lentamente del carmesí al rosa, del púrpura al violeta. La luz declinante del ocaso vibraba en columnas de polvo dorado que horadaban el dosel del ramaje. Más allá del bosque la superficie del lago reflejaba los últimos rayos, como una inmensa plancha de cobre bruñido, emitiendo fulgurantes destellos. Por unos instantes reinó un silencio tenso, como si todos los seres vivos contuvieran la respiración ante lo que iba a ocurrir. De pronto los pájaros chillaron y remontaron el vuelo; y los pequeños mamíferos se escabulleron raudos al fondo de sus madrigueras. El olor a fuego y a sangre que captaron sus sentidos anunciaba un peligro inminente. La cacería iba a empezar. Un gusano rojo de piel brillante se internó en la espesura, retorciéndose sinuoso hacia el corazón de las tinieblas.

—¡Sal de tu escondrijo, maldita bruja!

—¡Te arrancaremos la piel a tiras y lo demás se lo daremos a comer a los cerdos!

—Vas a pagar por todo el mal que nos has hecho con tus hechizos.

Los gritos se oían cada vez más cerca, punteados por los ladridos de los perros. Una veintena de individuos con aspecto de campesinos que empuñaban hoces, guadañas y garrotes, y portaban antorchas abrían un túnel luminoso en la oscuridad. Caminaban en fila, muy juntos, buscando en el contacto físico un antídoto contra el pavor que les embargaba. Entraban en territorio vedado, zona prohibida. El reino de los otros, de los que hasta hace poco eran los dueños del bosque, los amos de la oscuridad. Pero la rabia que les azuzaba se imponía al temor a lo desconocido y avanzaban, dando voces y aullidos guturales, cuyos ecos parecían alentarles a seguir la marcha.

Dentro del tronco, la mujer salió de su letargo y aguzó el oído. Sí, ahí estaban. Llevaba tiempo esperando este momento con una mezcla de angustia y resignación. Ya estaba cansada de resistir. Era inútil luchar. Rebuscó en el fondo de un

arcón y extrajo un objeto de dos palmos de largo y medio de ancho, de formas alabeadas similares a una vaina de leguminosa, cuya superficie brillante despedía un pálido fulgor. Abrió el envoltorio que emitió un tenue chirrido y aparecieron seis esferas del tamaño del puño de un bebé, depositadas sobre un blanco lecho sedoso. La mujer aspiró profundamente el peculiar aroma que brotó del interior y deslizó las yemas de los dedos sobre las esferas de intensa negrura azabache, erizadas de pequeñas púas. Cerró la vaina con un sonido de succión, la metió en un talego y trepó por la empinada escalera de caracol hasta la cruz del árbol. Un gato de largo pelaje atigrado corrió tras ella, pegado a sus talones.

—Quieto, Somni, no me sigas. —Le ordenó la mujer acariciándole el lomo—. Tengo que marcharme y no puedes venir a donde voy. Vuelve con las criaturas de las sombras a las que perteneces.

El gato maulló como si asintiera y desapareció. La mujer se abrazó a una gruesa rama y besó su áspera corteza.

—Resiste, Madomus. —Musitó—. Las llamas no pueden hacerte mucho daño, solo te chamuscarán por fuera. Resiste. Tal vez algún día...

Saltó al árbol más próximo y luego a la copa del siguiente hasta que las voces y el resplandor de las antorchas se apagaron en la distancia.

—Esos mentecatos van a prender fuego al bosque. —Masculló entre dientes.

Oyó el susurro del agua un poco antes de vislumbrar el río, enmarcado por el enrejado de las intrincadas ramas. Una lengua de plata y piel trémula que lamía el reflejo de la luna. Saltó al suelo, se acercó a la orilla y lanzó la vaina con fuerza al medio de la corriente.

—¡¡Habitantes del lago, despertad!! —Llamó en voz alta y vibrante con los brazos extendidos y elevados al cielo—. A partir de hoy vosotros seréis los guardianes del tesoro. Cuidadlo bien hasta que lleguen tiempos mejores y aquella que merezca ser escogida recupere las últimas semillas del Madomus.

De entre sus pechos sacó una bolsa de cuero de la que ex-

trajo unas cuantas hojas secas de bordes dentados, se las metió en la boca y las trituroó con parsimonia. Después, se tendió en la hierba.

—Morir cerca del agua y en una noche de plenilunio es lo que siempre deseé. —Susurró.

Y a los pocos segundos, dejó de respirar.



## Muchos años después...

El primer niño nació muerto. Hanna lo supo al captar la desesperación palpitante en el grito de la infeliz madre. Un sonido estremecedor, muy distinto a los salvajes bramidos de dolor propios del parto. Oculta tras las rocas, vio como un par de mamellinas, ataviadas con sus rosadas túnicas, adornadas de cintas y lazos, sacaban a la desgraciada del agua en volandas y la tendían sobre la arena. Una mujer entrada en carnes de grandes pechos, cuya rosada piel estaba tan tirante que parecían a punto de estallar, como un par de granadas maduras. Mientras ella arreciaba en sollozos desgarrados, una mamellina envolvió a la criatura, un diminuto bulto amoratado, en un lienzo blanco y lo depositó en una cestilla de mimbre que dejó flotando en la orilla del lago. Las corrientes se encargarían de conducir el infante difunto al vientre del gran Damago, fuente de toda vida. Los habitantes de Acuaria nacían y morían en su seno, aprendían a nadar antes que a caminar y los amantes se sumergían en él para fornicar de forma más refrescante, aliviados de parte de su propio peso. Incluso los enemigos, enfrentados por algún conflicto, lo utilizaban de palestra de lucha para dirimir sus diferencias.

La playa de los Partos era una cala recoleta de arena fina y tostada, protegida de las miradas por un abrupto acantilado y dos espigones rocosos con forma de cuernos de media luna. Al otro lado del pueblo de Idra existía otra cala simétrica, la de los Adioses, donde los muertos, envueltos en sudarios adornados con flores, emprendían su último viaje.

Hanna sonrió al escuchar otro sonido inconfundible. El agudo llanto de un recién nacido que se alzó pletórico sobre un alborozado coro de voces femeninas. Tuvo la certeza de que era una niña la que acababa de venir al mundo y se sumó al júbilo general. La playa de los Partos era terreno vedado, dominio exclusivo de las embarazadas y las mamellinas, adoratrices de la diosa Mamella protectora de la infancia, que les

ayudaba en el trance. Pero Hanna sentía una potente fascinación por aquel lugar y, aprovechando su destreza como escaladora, se colaba de vez en cuando a hurtadillas, impulsada por el deseo de disfrutar del prodigioso estallido de la vida. Su abuela le había explicado parte del insondable misterio y la simple observación de las plantas y los animales también daba muchos indicios: acoplamiento, cópula, intercambio de fluidos. Todo tenía un claro sentido, una lógica aplastante, pero había tantas cosas que se le escapaban, tantas dudas e interrogantes azuzando su mente.

Rozó con la yema de los dedos la tibia hendidura entre sus piernas y notó el tacto pegajoso de la sangre. Una sangre oscura, de olor muy fuerte que su cuerpo manaba desde hacía tres ciclos lunares, acompañada a veces de una dolorosa presión en el vientre. De una forma vaga intuía que esa sangre tenía que ver con la fecundidad y con la reproducción. No temía sangrar, pero la aterrizzaba pensar que quizá algún día un bebé se abriría paso a través de sus entrañas hasta sacar la cabeza por el angosto conducto de la vagina. No era de extrañar que las parturientas gritaran como si les arrancaran la piel a tiras.

Permaneció un rato absorta en sus pensamientos hasta que se dio cuenta de que la playa ya estaba vacía. Una fila de mujeres, tres de ellas con sus bebés sujetos sobre el pecho, ascendía penosamente por el angosto sendero hasta la cima del acantilado. ¿Por qué no regresan al pueblo cómodamente en una barca?, le preguntó en cierta ocasión a la abuela. «La tradición no lo permite. Se trata de que las mujeres sufran lo más posible». Fue su lacónica, pero también elocuente, respuesta.

Era hora de buscar otros entretenimientos, tenía la mañana libre y estaba dispuesta a aprovecharla al máximo. Trepó con agilidad felina por la pared rocosa, apoyando los dedos de los pies en anfractuosidades mínimas, sujetándose en pequeñas raíces. Mientras viera brillar debajo la límpida superficie del agua, no sentiría miedo ni vértigo. Una vez arriba, mientras recuperaba el resuello, dejó vagar la mirada sobre los tejados de las casas de Idra, de ladrillos de adobe y techos de paja o de tejas, arracimadas en torno al ara de la diosa Terraflor,

una cúpula semiesférica cubierta de fragmentos de cerámica, que brillaban con reflejos verdes y ocres. En las afueras del pueblo se dibujaba el Círculo de Cipreses, donde los devotos de Tronante celebraban sus ritos sangrientos. El majestuoso ciprés situado en el centro, presidiendo el espacio sagrado, estaba medio quemado, secuela de las luchas que con frecuencia enfrentaban a los seguidores de Terraflor con los de Tronante.

A unas diez ballestas de Idra sobresalía del agua un pequeño islote donde vivía con su abuela; el único mundo que conocía, con el pueblo y una pequeña parte del bosque. ¿Por qué lo llaman del Árbol, en singular, cuando son muchos los que crecen en ella?, le preguntaba a su abuela. Era una de los muchos interrogantes que para su desesperación quedaban sin respuesta. Gina era propensa al laconismo enigmático, a las evasivas, a sortear sus interrogantes con indescifrables adivinanzas. Algo que la confundía, exasperaba y acicateaba su curiosidad nunca satisfecha. Hanna pensó en su abuela con sentimientos encontrados. Era su única familia, pero tan distinta a ella en el aspecto físico y en el carácter, que más de una vez pensó si era adoptada.

Desde que tuvo uso de razón siempre estuvo a su lado. La alimentó, la cuidó y le enseñó todo lo que sabía sobre los animales, los árboles y las plantas, que era mucho. Pero jamás expresó ni una mínima muestra de cariño, ni una palabra de aliento, ni siquiera un gesto amable. Al contrario, continuamente la zahería con críticas y comentarios despectivos: «Siempre serás una herborista mediocre» «Eres descuidada, atolondrada, lo haces todo demasiado deprisa».

Hanna apartó la imagen de su abuela de la mente y descendió por una suave pendiente tapizada de hierba, hasta el camino que llevaba a Idra, en el linde del bosque con las tierras de labor. De repente oyó una algarabía de ladridos y gritos.

—¡¡Gatogrís!!... ¡Gatogrís!!

Se detuvo expectante. Era el grito que proferían los cazadores al acosar a una presa, pidiendo a la deidad de ese nombre fuerzas para abatirla. La maleza se agitó y del muro de verdor brotaron dos animales de pelo hirsuto y hocico puntiagudo,

perseguidos por una jauría de perros famélicos y media docena de niños que enarbolaban palos y hondas. Uno de los jabatos fue abatido por tres perros que le lanzaban dentelladas, mientras su víctima se revolvía en el suelo en un intento inútil de hurtar el dolor. Hanna se tapó las orejas con las manos para no oír los agudos gemidos del pequeño cerdo salvaje y corrió hacia el pueblo. Antes de llegar a las casas de detuvo en seco. Sentada en un ribazo, una niña lloraba desconsolada, la cara tapada con las manos; sus frágiles hombros se agitaban y basculaba su cuerpecillo hacia atrás y delante.

—¡Raquel! —Exclamó Hanna—. ¿Por qué lloras? ¿Te han hecho daño esos brutos?

Raquel se descubrió la cara y le dedicó una triste sonrisa. Tenía los ojos y la punta de la nariz enrojecidos y las mejillas, sucias de tierra, pero incluso así su belleza refulgía como un diamante incrustado en las rocas. Tenía el largo pelo rubio casi blanco, grandes ojos de color violeta y un óvalo perfecto con forma de corazón.

—No, a mí no, pero van a matar a esos pobres bichos peludos —respondió con voz temblorosa—. Los cazadores acabaron ayer con su madre y andan por ahí asustados y desorientados. He intentado salvarlos, pero no me han hecho caso, dicen que soy una idiota.

—Tranquila, Raquel. —Hanna le acarició el cabello y le limpió la cara con el borde de su túnica—. Tienes que comprender que los chicos pasan mucha hambre. Y no digamos los perros. Todos tenemos hambre desde que empezó la maldita guerra. Están hartos de comer pescado podrido y no pueden resistir la tentación de llevarse a la boca un poco de jamón.

—¡Pues no hay derecho! —Protestó la pequeña cerrando los puños con rabia—. ¿Por qué unos tienen que morir para que otros vivan? ¿Por qué no podemos ser como los árboles que solo comen tierra y sol y crecen hasta el cielo, o como los toros que se alimentan de hierba y fíjate lo grandes y fuertes que son?

—A mí tampoco me gusta que las cosas sean como son. —Reflexionó Hanna contagiada de la pesadumbre de la niña—.



Pero los dioses lo quieren así y no hay más remedio que acatar su voluntad. Vamos, Raquel, ámate. —Añadió con tono alegre—. Vamos a la poza de las cascadas y nos daremos un baño, te limpias las lágrimas y te pones guapa. Tengo que contarte una idea que te va a gustar.

\* \* \*

A la caída del sol, equipada con una pequeña hoz de plata y mango de boj y unos sacos de arpillera, Hanna inició la cosecha. Era la hora propicia, cuando la savia rezuma e impregna los organismos vegetales dotándoles de sus prodigiosas esencias. Aprovechando la dorada luz del ocaso inició la búsqueda y localizó unos cuantos ejemplares de estramonio, unas matas de beleño e incluso una de belladona, cada vez más difícil de encontrar. Los habitantes de Idra talaban los árboles para ganar espacio a los cultivos y de paso conjurar el recelo que les causaba la proximidad del bosque y sus misterios. Su acción destructiva despertaba un eco en el corazón sensible del arbolado que se replegaba sobre sí mismo.

La luna llena difundía un plateado fulgor sobre la tersa superficie del lago cuando Hanna embarcó en su pequeño bote de remos, cargada de sacos repletos de hojas, bulbos y raíces que desprendían penetrantes fragancias. Se sentó en la bancada, colocó los remos en las horquetas y comenzó a bogar lentamente. Tras la intensa jornada los párpados le pesaban como si fueran de arena, le dolían los músculos y decidió tomarse un descanso. Se tendió en el fondo de la barca sobre los sacos de hierbas que crujieron bajo su peso, adoptó la posición fetal y cayó en un sueño intermitente que poco a poco se hizo calmo y profundo.

Las horas nocturnas desfilaron parsimoniosas y dieron paso a las primeras luces del alba, que tiñeron de rosa el horizonte y apagaron el brillo de las estrellas. La vida en superficie contenía el aliento antes de dar el grito de bienvenida al sol, pero bajo el agua, a muchos metros de profundidad, ya se iniciaban los preparativos del sacrificio. Un gran pez gato, atrapado en las redes, iba a ser despedazado vivo y devorado

por los celebrantes. Samaruc, el rey de los dondinos blandió el arpón tridente y dio inicio a la fiesta.

Como si presintiera la cruel ceremonia, Hanna comenzó a rebullir y agitarse en el fondo de la barca. Oyó cerca chapoteos cada vez más intensos y alrededor del casco brotaron hileras de burbujas que estallaban en el aire. De pronto surgió del agua la achatada cabeza de un sapo gigante de piel rugosa, ojos protuberantes, papada prominente y enorme boca. La criatura trepó por la borda y saltó al interior de la barca. En ese instante, el primer rayo de sol impactó sobre el lago, y el anfibio, bañado por su luz, experimentó una prodigiosa transformación. Sus patas se alargaron hasta alcanzar la forma y la longitud propia de extremidades humanas, su cuerpo se ensanchó y la cabeza se redujo notablemente de tamaño. Su piel correosa y manchada se suavizó y adquirió una tonalidad cetrina. El sapo se había convertido en un hombre. Un muchacho enclenque de ojos saltones, sonrisa traviesa, con un flequillo en forma de cresta de color marrón verdoso que le caía sobre la frente.

—¡Por los rayos de Tronante! —Gritó Hanna—. Cuántas veces te he dicho que no me des estos sustos. Tu mutación es una visión espantosa.

Incorporada sobre los codos, contemplaba al ser acuático con la mirada soñolienta, el cabello revuelto y la túnica arrugada, hecha un gurruño en torno a sus piernas.

—Ya sé que te molesta. —Rio Bufo—. Por eso lo hago. También te he dicho yo mil veces que no te duermas en la barca. Hay corrientes peligrosas que te pueden arrastrar a los rápidos o a la catarata.

—¡Bah! Pamplinas de hombre-rana.

—No soy rana, soy sapo. —La corrigió Bufo petulante—. Ah, y dame algo para taparme estos lustrosos racimos que me cuelgan. —Añadió con una sonrisa maliciosa.

—Por mí no te molestes, ni me turban ni impresionan tus partes, que más que uvas parecen pasas secas —dijo Hanna y le tendió un trozo de tela.

—Puedes burlarte de mis atributos, pero debes saber que

en el reino animal los sapos superamos incluso a los caracoles en resistencia sexual. —Proclamó muy ufano, mientras se enrollaba la tela en su delgada cintura—. Hasta cuarenta días con sus cuarenta noches podemos dedicar a la coyunda sin cansarnos. Bueno, reconozco que a cuarenta noches no llego, yo soy solo medio sapo.

—Entonces las dondinas deben pelearse por tus atenciones —comentó Hanna con una sonrisa irónica.

—¡Bah! No lo creas. No les gusta mi cara, aunque ellas son todavía más feas que yo, que ya es decir. Feas pero simpáticas. Además me aceptan en su mundo, que es lo importante.

—¿Es cierto que los dondinos custodian un tesoro en el fondo del lago?

—Bobadas. Si tuvieran algo de valor la Reina Delys ya se lo habría robado o confiscado, como dicen los poderosos cuando se apropian de lo ajeno.

—Gina me contó una vez que en el principio de los tiempos los dondinos eran las criaturas preferidas del dios Damago, podían respirar tanto en el aire como en el agua y dominaban al resto de los seres vivos. Pero no recuerdo por qué cayeron en desgracia y desde entonces están malditos.

—Sí, eso dice la leyenda. —Asintió Bufo—. La culpa fue de su rey Ñíspero, un individuo sombrío y melancólico que estaba obsesionado con volar. Contemplaba envidioso el vuelo de los ánades migratorios y las golondrinas, deseando ardientemente ser pájaro. Un día emprendió un largo viaje hasta la cueva del mago Cuervo, situada en la cumbre de las Montañas Golosas. «Volar es el mayor don de los dioses y exige grandes sacrificios», le dijo Cuervo cuando le expuso su petición. «Si quieres hacerlo deberás traerme una bolsa grande llena con los ojos de todos los miembros de tu familia y otra bolsa más pequeña con los huesos mundos de tus hijos menores de cinco años».

—¡¡Qué horror!! —Exclamó Hanna—. ¿Por qué le pidió esa terrible ofrenda?

—Las aves tienen huesos ligeros como bebés y vista de lince. Por eso era necesario el sacrificio. Ñíspero se lo pensó mucho,

odiaba la idea de cegar a los suyos y matar a los niños, pero al final se impuso su demente anhelo y regresó a la cumbre de las Golosas con las bolsas repletas. Cuervo le tocó la frente con una vara de avellano y le dijo que ya podía volar. Lo llevó al borde de un precipicio y lo empujó por la espalda. Níspero abrió los brazos y planeó como un águila sobre el valle, describiendo círculos cada vez más amplios, exultante de felicidad. Desde arriba el mundo se veía de otra manera, ahora sí se sentía como un rey de verdad, capaz de vigilar y controlar al resto de las criaturas. Esa nueva visión se abrió paso en su mente, la iluminó con una potente luz y comprendió de pronto la atrocidad que había cometido. En ese instante las lágrimas nublaron sus ojos, su cuerpo dejó de flotar y cayó al suelo como una piedra. Los cuervos acudieron en bandadas a devorar su cadáver.

—Sí, ya recuerdo el final de la leyenda —dijo Hanna—. Damago montó en cólera por la arrogancia de Níspero y condenó a los dondinos a no salir nunca más del lago y a sufrir el desprecio de los otros seres. ¡Pobres! ¿Qué culpa tenían de que su rey fuera un estúpido insaciable?

—Buena pregunta. Deberías hacérsela a Damago si se te aparece algún día.

—No seas impio. —Se escandalizó Hanna—. Los dioses no están para responder a las preguntas tontas de los ignorantes e impertinentes, sean humanos o medio humanos, como tú.

—Es verdad. Solo para fastidiarnos la vida con sus normas y exigencias. Pero no discutamos y déjame remar que tengo ganas de estirar los brazos.

Bufo empuñó los remos y empezó a bogar con movimientos rítmicos y enérgicos que imprimieron al bote gran velocidad. Pese a su delgadez poseía una fuerza fuera de lo común, como suelen tener las criaturas mestizas, víctimas de oscuros sortilegios. Hanna se tendió de nuevo sobre los sacos de hierbas y lo contempló con ternura. Bufo siempre había estado allí, aunque su presencia fuera discontinua. Su abuela lo capturó una noche bajo forma de sapo para preparar sus póci-mas, pero detectó algo en la mirada del animal que detuvo su

brazo y lo soltó. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir el día siguiente a un muchacho desconocido durmiendo en su corral. Lo llamó Bufo y desde entonces se estableció entre ellos un sólido vínculo de pertenencia y gratitud. Durante las horas diurnas el chico sapo vivía en el islote del Árbol, donde desarrollaba una frenética actividad, ayudando a las dos mujeres en su taller de hierbas, su pequeño huerto y su corral. Por la noche desaparecía en las profundidades del lago. Para Hanna era un hermano, un confidente comprensivo y una compañía alegre que la aliviaba del talante taciturno y el áspero trato de su abuela. Aunque a veces notaba en él una especie de distanciamiento, una cierta reserva que achacaba a su condición mestiza. Pensando en lo difícil que debía ser pertenecer a dos mundos antagónicos sin ser aceptado del todo en ninguno de ellos se quedó otra vez dormida.

—¡Despierta, Hanna! —Gritó Bufo—. Hemos llegado.



Con el ceño fruncido y expresión enfurruñada, Hanna ayudó a Bufo a cargar el bote. Un par de caballetes, varias tablas de madera, la lona rayada del toldo y cuatro cofres de tamaño mediano. Era día de mercado en Idra y los habitantes de Acuaría acudían a la capital de la comarca a comprar, vender e intercambiar todo tipo de productos. Hanna no estaba hecha para el oficio de comerciante: aborrecía el mercado. Detestaba soportar las charlas insulsas de los clientes, regatear el precio de cada artículo como si fuera cosa de vida o muerte, y el agobio y el griterío de la multitud. Tampoco era agradable soportar las miradas de soslayo o los comentarios en voz baja que algunos hacían sobre ella, aunque a eso ya estaba acostumbrada.

El mercado también tenía sus alicientes, pensó para animarse mientras remaba. Estaba Alvent, el pintor de abanicos, siempre de buen talante, dispuesto a reír y a hacer bromas. O Rosaura con sus montañas de cestas y cuévanos de mimbre y su numerosa prole pegada a las piernas y a las grandes mamas. Y el atractivo Valentín, el comerciante de telas, que a veces fijaba en ella sus pupilas como si quisiera desnudarla con los ojos, algo que la inquietaba y halagaba a la vez. Pero lo mejor del mercado era la compañía de Raquel, Raúl y algún que otro nenino que, como moscas atraídas por un tarro de miel, acudían a su puesto en busca de los dulces y otras chucherías que les regalaba.

¡Pobres neninos! Huérfanos y sin ningún familiar que se ocupara de ellos, vagaban sin rumbo por el pueblo y alrededores en busca de susustento diario. Unos ejercían de pediguños, los más osados cometían pequeños hurtos y algunos conseguían trabajos esporádicos y mal pagados, siempre al borde de la inanición y en la miseria. Algunas buenas personas intentaban ayudarles en la medida de sus posibilidades, pero la mayoría ignoraba a los nenimos como se ignora a los gatos callejeros, que solo se admiten en una comunidad si mantienen a raya a los ratones. Sucios y desharrapados, condenados

al hambre canina, cubiertos de costras y arañazos, correteaban por Idra en busca de algo que llevarse a la boca y, a veces, entablaban entre ellos furiosas peleas por cualquier fruslería.

Nada más entrar en el pueblo, cargados con las angarillas en las que transportaban sus avíos, Hanna y Bufo percibieron que algo extraño ocurría. Un inusitado ajeteo de hombres y neninos que se dedicaban a recoger las bostas de los caballos, baldear las calles y engalanarlas con banderas, gallardetes y reposteros colgados de los balcones.

—Mañana llega el enviado de la Reina Delys. —Informó Rosana sin dejar de amamantar a una de sus criaturas—. Se llama Dionisio de Rocafort y dicen que es tan grande que monta en dos caballos a la vez porque un animal solo reventaría bajo su peso.

—También cuentan que se echa pedos tan perfumados que ha enterrado ya a varias mujeres muertas por asfixia. —Añadió Alvent entre risotadas.

A mediodía Hanna vendió su última dosis de hierbas contra la migraña, envuelta en papel encerado, y sus cofres quedaron vacíos. La llegada del tal Dionisio había atraído a mucha gente y animado el negocio. Sus remedios contra todo tipo de dolencias eran casi tan apreciados como sus productos cosméticos, codiciados por todas las mujeres de Acuaría. Cremas y ungüentos para mantener blanca, tensa y lozana la piel; aceites de oliva y almendra que daban brillo y vigor al cabello; lociones de manzanilla, limón y levadura de cerveza que lo aclaraban; colirios que hacían resplandecer la mirada; póci-mas contra el mal aliento, cápsulas perfumadas que estallaban oportunamente en encuentros íntimos. Sus preparados contra las verrugas gozaban de gran éxito. Elaborados a base de ajo, diente de león, baba de caracol y látex de higos tenían una gran eficacia, sobre todo, aplicados las noches de luna llena.

Si se trataba de otro tipo de servicio más delicado, el cliente debía desplazarse hasta el islote del Árbol. Y eran muchos quienes lo hacían con discreción en busca de tratamientos contra la impotencia y la infertilidad, filtros de amor y soluciones a los problemas más variopintos e inusitados. Incluso

Bernabé, el maestro alquimista, había recurrido a ellas para silenciar los tremendos ronquidos que impedían dormir a su mujer. Hanna contempló satisfecha la bolsa de piel repleta de lucios de cobre, de plata y ¡algunos de oro! La abuela se pondría contenta, aunque no se tomaría la molestia de expresarlo.

Exhaló un suspiro y comenzó a desmontar el tenderete de madera. No pensaba esperar a Bufo que estaría en alguna taberna gastando el fruto de sus fraudulentas apuestas. Si encontraba a algún cándido forastero que acudiera al mercado por primera vez, lo retaba a resistir más tiempo que él con la cabeza dentro del agua en alguna de las numerosas fuentes del pueblo. La ganancia estaba garantizada y también la consiguiente borrachera. No se lo reprochaba. Era la única forma a su alcance de olvidar por un rato una triste existencia vagabunda entre la tierra y el agua.

Bufo no le preocupaba, salía airoso de cualquier lance, pero sí le extrañaba la ausencia de Raúl y Raquel. Cuando ya se disponía a marcharse los vio llegar corriendo alborozados, seguidos de tres neninos más pequeños. Sus rostros resplandecientes, sus ojos brillantes, destacaban entre los andrajos que vestían como bellas flores tiradas sobre el estiércol de una pocilga.

—¿Dónde habéis estado toda la mañana? —Les preguntó, encantada de verlos, pero intentando dar una entonación severa a sus palabras.

—Estábamos trabajando, Hanna, nos han reclutado a primera hora para adornar el puerto —explicó Raúl sonriente—. Mira, nos hemos ganado tres lucios de cobre. —Añadió, mostrando dos monedas sobre la sucia palma de la mano.

—Pues ahí solo veo un par de lucios —comentó Hanna.

—El que falta lo hemos gastado en aquella idea que me diste el otro día en la poza de las cascadas —dijo Raquel entusiasmada—. Los chicos podrán comer carne de vez en cuando sin matar a golpes a ningún bicho. ¡A los pollos y gallinas solo hay que retorcerles el pescuezo en un segundo y ni se enteran!

Abrió la tapa de una cesta de mimbre que llevaba colgada del brazo y se oyó un coro de *piopios*. La cesta estaba repleta de



pollitos, una masa de pelusa amarilla que se movía y alborotaba con vida propia.

—¡Vamos a montar una granja y a hacernos ricos! —Gritó Raúl exultante—. Con lo que ganemos vendiendo pollos y gallinas compraremos una cabra y tendremos leche fresca y huevos todos los días.

—Desde luego imaginación no te falta. —Rio Hanna.— Pero lo primero que tenéis que hacer es un corral o un gallinero para que los perros no se los zampen.

Escortados por el incesante piar de los pollitos, la comitiva se puso en marcha. Se movían de forma errática, dando saltos y brincos, a trompicones entre risas y gritos. Quienes los veían pasar no podían dejar de sonreír. Ofrecían la viva imagen de la alegría y la despreocupación. Ignoraban que disfrutaban de sus últimas horas felices.

\* \* \*

Hanna contuvo el aliento, abrió unas pulgadas la puerta del dormitorio de su abuela y atisbó por la rendija con cierta aprensión. Temía encontrar un cadáver. En pocas semanas Gina había sufrido un proceso de envejecimiento fulminante. Ya no quedaba ni rastro de la mujer activa y laboriosa que fuera, vencida por un misterioso mal que la devoraba de forma insidiosa, a marchas forzadas. Su piel antes lustrosa se veía apergaminada, surcada de arrugas que formaba una telaraña sobre sus flácidas mejillas. La mirada, antaño viva y penetrante, apagada; las manos, nudosas garras. Excepto unos lánguidos mechones grises, había perdido todo el cabello y una constelación de manchas ocres salpicaban su rosado cuero cabelludo. No salía apenas de la cama y su única ocupación consistía en escribir un libro de extraña forma ovalada, cuyas tapas eran dos conchas de tortuga del mismo tamaño pero de distinto dibujo. Era lo que hacía esa tarde con visible esfuerzo, encorvada sobre una tabla de madera apoyada sobre sus rodillas, iluminada por la dorada luz del crepúsculo que penetraba en rayos transversales por una ventana con forma de ojo de buey.

—¡Ya era hora! —Gina dejó la pluma de ganso y lanzó a su nieta una mirada furiosa—. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Dónde estabas? El mercado cierra a mediodía y ya se está poniendo el sol.

—Es que he pasado un rato con los neninos. —Se disculpó Hanna—. Quieren criar unos pollos y les he ayudado a construir un corral.

—¡Pollos! ¡Qué tontería! Ya no eres una niña y lo que tienes que hacer es ponerte a trabajar que yo por desgracia no te puedo ayudar.

Envuelta en un capullo de almohadas blancas, Gina parecía un ave nocturna de albo plumaje, pensó Hanna. La cabeza grande y redonda, los ojos redondos de iris dorado, la nariz curva y la boca pequeña. Una lechuza sabia y atenta, pero remisa a revelar los conocimientos que a ella más le interesaban. Un cárabo que la contemplaba con mirada fija, escrutadora, que fiscalizaba y ponderaba hasta la saciedad cada uno de sus actos. A veces, le asaltaban pensamientos terribles, deseaba la muerte de su abuela para librarse de la sensación de estar siempre controlada, prisionera ante un severo tribunal que iba a juzgarla y a dictar sentencia. Pero enseguida desechaba las malas ideas. Quería a su abuela, agradecía sus cuidados y enseñanzas, aunque su trato fuera tan seco. Ya estaba acostumbrada y a ella tampoco le gustaban los mimos y melindres. Además, la muerte de Gina sería también la de su esperanza de llegar a conocer algún día lo que más le interesaba saber. Quiénes eran sus padres, por qué no vivía con ellos, dónde se encontraban vivos o muertos. A medida que crecía, la necesidad de encontrar respuesta a esas preguntas se le hacía cada vez más urgente y apremiante.

—Mira, hoy hemos ganado más lucios que nunca. —Le mostró la bolsa repleta, esperando que la visión del dinero la animara—. Va a venir un enviado de la Reina Delys y el mercado estaba muy concurrido.

—Muy bien —dijo Gina sin inmutarse—. Deja la bolsa en el cofre y vete a trabajar hasta que anochezca.

—¿Cómo te encuentras hoy, abuela? Te veo pálida y alicaí-

da. Deberíamos avisar a maese Bernabé para que te prepare alguna pócima revitalizante.

—Ni se te ocurra, niña. Estoy bien. Solo un poco cansada.

—La expresión de Gina se dulcificó a la vez que su tono de voz—. Ya sé lo que te preocupa. Quieres saber quiénes son tus padres y por qué no estás con ellos. Pronto lo sabrás, no lo dudes. En este libro está ya casi todo registrado con pelos y señales. Prefiero que lo leas con calma cuando llegue el momento. Ahora no tengo fuerzas para contarte nada. Es demasiado doloroso para mí.

—Pero yo...

—Venga, márchate a trabajar y déjame escribir, que ya queda poco tiempo.